

# LA VOZ DE LA CARIDAD.



N.º 235.—15 de Diciembre de 1879.

*Dios es caridad, (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

---

## EN NOMBRE DE LOS POBRES.

---

D.<sup>a</sup> F. A de Ll.—Los 40 rs. *extraordinarios* que con los 40 para su decena, nos ha remitido V., han sido muy agradecidos y han valido á V. muchas bendiciones, bien merecidas por su constante caridad de que tan repetidas muestras dá á nuestros pobres.

---

## CAJAS DE AHORROS Y MONTES DE PIEDAD.

---

### ARTÍCULO II.

Como decíamos en nuestro artículo anterior, los elementos de la usura son la pobreza, la inmoralidad y la ignorancia; á ellas deben pues dirigirse los que intenten poner coto á mal tan grave.

La caridad no puede suprimir la pobreza, pero puede consolarla, tenderle la mano para que no se convierta en miseria, y uno de los medios más eficaces es crear ó auxiliar establecimientos de crédito que se inspiren en el amor al prójimo, en vez de tener por móvil la más sórdida codicia. El problema que tienen que resolver estos establecimientos, llámense Montes de Piedad, Bancos populares ó de cualquier otro modo, es

llevar un rédito, el mínimun posible, por las cantidades que prestan y facilitar el préstamo admitiendo toda clase de hipoteca ó prenda. Todavía puede darse un paso más, y se ha dado, y es prestar sin garantía material, y tan solo por la moral que ofrece el que pide prestado: aun concebimos que se vaya más allá, si bien no tenemos noticia de que se haya ido; negando los beneficios del préstamo, aunque presente hipoteca ó prenda segura, al que moralmente no ofrece garantía, y antes por el contrario hay la seguridad de que el préstamo se convertirá en medio de satisfacer vicios ó vanidades.

Aunque no lleguen á esta perfeccion los establecimientos de crédito beneficiosos para el pobre, no creemos que puede establecerse ninguno sin caridad, no precisamente la que da dinero, sino la que ofrece trabajo, consejo y activa cooperacion.

El pensamiento precede á la accion, y los pobres no suelen formarse idea de aquellas instituciones que pueden favorecerlos, y menos de los medios de realizarlas; es necesario, pues, que los que tienen más inteligencia, mejor posicion social y se compadecen al verlos caer en la sima abierta por la usura, los aparten de ella, cosa que no se logra sino proporcionándoles préstamos con un rédito módico. Hay que convencerse de que la especulacion, la libertad, el interés bien entendido, no pueden crear establecimientos de crédito beneficiosos para los pobres, y que se necesita la iniciativa generosa de personas caritativas para que puedan cumplirse las dos condiciones indispensables, de *facilidad é interés módico*.

En otros paises han tomado grande incremento los Bancos populares, Montes de Piedad y pias asociaciones benéficas que prestan al pobre sin más garantía que su honradez: de este medio de favorecerle, apenas ha hecho algunos ensayos la Sociedad de San Vicente de Paul, de los Bancos populares se conoce solo el nombre, y los Montes de Piedad son los únicos que existen entre nosotros, aunque en número corto relativamente á las necesidades.

Como para plantear un establecimiento de crédito se necesita capital, la falta de fondos se alega como dificultad insuperable, aunque no lo sea siempre, porque comprendido lo in-

menso del beneficio, se hallarian muchas personas que á él contribuiran con donativos ó anticipando fondos sin interés ó con uno menor del que se exija por los anticipos. Creemos que habrá pocas poblaciones de alguna importancia, donde no pudiera establecerse un Monte de Piedad, y que no faltaría dinero siempre que hubiera firme y perseverante propósito de hacer esta buena obra. Porque no se necesita un gran capital; los préstamos se reembolsan en un plazo no largo ó se vende la prenda que les sirve de garantía, y sobre todo se empieza en pequeño cuando no se puede operar en grande. ¿No empezó con dos reales el Monte de Piedad de Madrid?

Insistimos, porque toda insistencia es poca contra los imposibilistas, insistimos en que en la mayor parte de las localidades hay medios materiales para realizar la obra de que vamos hablando, y lo que falta es voluntad para utilizarlos. Un local que se cede porque no se usa ó porque puede excusarse; un donativo que se hace, una cantidad que se anticipa sin ó con corto interés, por personas que tienen guardado su dinero ú objetos de valor que no usan y de que tal vez se desharian á impulsos de un móvil generoso; trabajo que pueden dar muchos que no saben qué hacer del tiempo, elementos son que se hallan en muchas localidades donde faltan Montes de Piedad.

Para vencer el obstáculo de la falta de fondos suelen unirse á los Montes de Piedad las Cajas de Ahorros, de modo que con las economías del imponente se hace el anticipo al que necesita tomar prestado. La combinacion es buena, siempre que no haya diferencia ó haya muy poca, entre el rédito que abona un establecimiento y el que exige el otro. Se dirá que los gastos de administracion suben mucho en esta clase de establecimientos; y es así, cuando la caridad no auxilia y las operaciones son en pequeño; pero no cuando personas benéficas ofrecen su cooperacion gratuita, ó cuando se opera en grande: en estos casos, los gastos de administracion pueden reducirse mucho y proporcionalmente la diferencia del rédito que se dá y el que se exige. Cuando esta es muy grande como sucede en la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid, más bien retrae que anima á depositar las economías en un establecimiento que abona interés tan corto, apenas perceptible en pequeñas cantidades, de

donde resulta que á muchos no les parece que vale la pena de imponerlas y las guardan, con el daño de tener el pequeño capital improductivo, y el mayor de caer en la tentacion de emplearlo en satisfacer un gusto en vez de servir de recurso en una necesidad. Si pudiera tomarse nota exacta de la clase de los imponentes, se veria el gran número que pertenecen á la media, que multiplican las imposiciones para atenerse á la letra del reglamento en cuyo espíritu no estaba favorecerlos, y que aceptan un interés corto, por la seguridad y otras circunstancias. Es deplorable, por muchos conceptos, que las economías del pobre no hallen empleo más beneficioso, ó que cuando tiene que pedir prestado se le exija tanto interés.

No conocemos bastante á fondo y en todos sus detalles la administracion de los Montes de Piedad, en el de Madrid, por ejemplo, y no podemos señalar cuáles y cuántas economías podrían realizarse; pero hemos visto gastos supérfluos, lujo, y á nuestro parecer, poco meditadas determinaciones cuando se ha hecho el nuevo edificio que hoy ocupa. ¿Por qué habia de levantarse en un sitio en que el solar solo representa un gran capital en vez de construirse donde el terreno podria adquirirse por una cantidad relativamente insignificante? No tiene objeto que esté en un punto céntrico; porque el centro de la poblacion no lo es de la pobreza; la gente necesitada no vive por lo comun en las inmediaciones de la Puerta del Sol; y en todo caso, las sucursales podian distribuirse donde conviniera, situando el Establecimiento donde el terreno cuesta poco. Además, no debia haber en él lujo arquitectónico, ni miles de duros gastados en el decorado de un salon, ni grandes y elegantes habitaciones para empleados. Parece que se pensó que convenia embellecer el edificio por decoro de la institucion y el bien que resulta de la contemplacion de las obras artísticas; pero sobre que no seria difícil probar que en el caso de que se trata el arte ha perdido más que ganado, no es su lugar el depósito de las prendas que en sus apuros lleva la pobreza ó la miseria; todo debe ser allí sencillo, severo, y las pretensiones de servir la estética dan por resultado la deformidad moral de hacer gastos innecesarios á costa de los necesitados, á quienes no producirá buen efecto le lujo que allí ven, y precisamente en un momento en que el con-

traste con su situacion debe dar lugar á reflexiones que no redundan en elogio del establecimiento, y que probablemente haria el fundador si viviera.

Hacemos estas indicaciones, ya para anatematizar una vez más esa especie de epidemia que se llama lujo, que lo invade todo, hasta los lugares de donde por tan poderosas razones debiera ser arrojado; ya porque en muchos casos, de la falta de órden y de la más severa economía, puede resultar desproporcion excesiva entre el rédito que se dá en las Cajas de Ahorros, y el que se exige en los Montes de Piedad. Importa tambien mucho que estos den facilidad, ya recibiendo en prenda el mayor número de objetos posible, ya permaneciendo abiertos todo el dia desde muy temprano. Mas de una vez, haciendo cargos á personas necesitadas porque habian ido á casa de un usurero en vez de acudir al Monte de Piedad, nos han contestado que no estaba abierto ó no admitia las prendas que se aceptan en la casa de préstamos. Algunos Montes han mejorado mucho el servicio; bajo este punto de vista, conviene que sean imitados por otros, y que todos den todas las facilidades posibles; porque la usura los procura con codicioso empeño, y porque, es cierto, aunque parezca inverosímil, que hay necesitados, cuya inconcebible incuria los lleva á casa del usurero por pocas dificultades que ofrezca el préstamo en la casa benéfica. Convendria tambien que esta estudiase el modo de guardar, en cuanto fuere posible, el secreto de los que repugnan dar publicidad á su situacion desgraciada, consideracion que más de una vez los determina á pagar tributo á la usura. Estas personas, cuyo número no será el mayor, pero que empeñan valores considerables, no se retraerian de ir al Monte de Piedad, si allí se procurara, en cuanto fuese dado, que fueren vistas solamente de los empleados indispensables, y poco unas de otras y del público: esta perfeccion, á que solo puede aspirarse en un establecimiento en grande, se obtendria sin dificultad, disponiendo bien el local.

No quisiéramos dar lugar, á que á manera de cargo se nos dijese *que lo mejor es enemigo de lo bueno*, y si bien deseamos la perfeccion posible en los establecimientos objeto de estos artículos, estamos lejos de pensar que sin ella no pueden hacer

grandes bienes. Más vale que se abone un pequeño rédito en la Caja de Ahorros, que no tenerla; y el Monte de Piedad que lleve interés más crecido, ofrece gran ventaja respecto á las casas de préstamos. Por eso creemos que se hace grande obra de caridad y de moralidad creando establecimientos á donde el pobre pueda depositar sus economías y recurrir en sus apuros, y lamentamos que no existan Montes de Piedad y Cajas de Ahorros en tantas poblaciones donde hay elementos materiales para fundarlas, y solo falta la iniciativa perseverante de algunas personas caritativas.

CONCEPCION ARENAL.

Madrid 24 de Noviembre de 1879.

---

### TRES SEMANAS EN LAS AMBULANCIAS.

---

(Continuacion.)

#### CAPÍTULO III.

#### Speeckeren.

Durante mi permanencia en Saarbruck iba con frecuencia á la aldea de Speeckeren, en cuya escuela se habia establecido una ambulancia belga. Dos médicos jóvenes y un abogado de Bruselas asistian allí á los heridos franceses que sobrevivieron á las infinitas privaciones que habian hecho tantas víctimas despues de la batalla del 6 de Agosto. Speeckeren está situado en la frontera francesa, y cuenta de 1.000 á 1.200 habitantes que se dedican á la agricultura exclusivamente. Los prusianos entraron el 6 de Agosto por la tarde, obligando á todos los hombres á que fuesen á enterrar muertos y recojer heridos, que en número de 1.200 vimos hacinados en las granjas, cocheras y cuadras; 400 habia en la Iglesia, sobre piedras húmedas, con un poco de paja cuando más, para reclinar la cabeza. Alrededor del templo se habia abierto una inmensa fosa en la cual se arrojaban diariamente unos 20 cadáveres. Esta pobre aldea se hallaba completamente arruinada, porque además de las 15.000 pesetas de contribucion de guerra, sus moradores habian sido despojados de sus ganados, caballos, granos y forrajes: añádase

que tenían que mantener la guarnición de 250 soldados, alojamientos continuos, la ausencia de todos los hombres válidos, que eran soldados del ejército francés ó carreteros en el alemán; de modo que no se veían más que ancianos, mujeres y niños.

La primera vez que fuí á Speeckeren ví una niña de 10 ó 12 años llorando vuelta hácia la pared de su casa. ¿Qué tienes, hija mia? le dije en francés (los niños de la Alsacia hablan generalmente las dos lenguas). «Los prusianos, me respondió, se han »llevado á papá y han cojido nuestras dos vacas para matarlas». Luego añadió sollozando: «Mamá está enferma, el Sr. Alcalde »dice que mi hermano debe irse también con los prusianos, ¡to- »dos vamos á morirnos!...»

Dí algunas monedas á esta pobre criatura y me alejé con el corazón oprimido.

Más adelante, un anciano, viéndonos pasar y creyendo que éramos alemanes, sacudía tristemente la cabeza y murmuraba en su lengua: «¿Por qué el Dios de bondad no me ha matado antes de que sucedieran todas estas desgracias de que Napoleon »tiene la culpa? ¿Por qué este mal emperador ha querido hacer »la guerra? Los prusianos no nos pedirían nada, y estaríamos »bien con ellos....»

«Pues vais á ser prusiano,» le dijo un compañero nuestro que hablaba alemán.—«Me es igual, y lo mismo á mis hijos, siempre que no tengamos guerras,» respondió con el acento de quien habla convencido.

La mujer del maestro en cuya casa se había establecido nuestra ambulancia, decía llorando: «Si Bismarck y Napoleon »pudieran ver lo que he visto desde que se dió la batalla, estoy »bien segura que pondrían término á la guerra, ó de lo contrario sería menester calificarlos de mónstruos».

Es un hecho digno de notarse, que todos los aldeanos que han sufrido á consecuencia de la guerra, hacen responsable de ella á los soberanos, como si fuese la consecuencia de sus desavenencias personales, y los pueblos no fueran extraños á las causas que engendran esta pública calamidad.

#### CAPÍTULO IV.

##### Una aventura nocturna.

No puedo resistir á la tentación de contar una aventura que me sucedió la segunda vez que fuí de Saarbruck á Speeckeren, que distan una de otra ocho kilómetros próximamente, y que

rodean una llanura cultivada. Allí fué derrotado el general Froissard, y enseñan la casa desde donde dirijía la batalla, y la eminencia en que el príncipe imperial tiró el primer tiro que empezó las hostilidades el día de la toma de Saarbruck; tambien me señalaron el sitio en que el desgraciado niño recogió la bala que se ha hecho célebre; pero volvamos á nuestro episodio.

Era el 31 de Agosto y habia salido de Saarbruck á eso de las 8 de la noche en compañía del doctor M.... Brillaban en el cielo solo algunas estrellas, que alumbraban muy poco el camino elegido por él como más corto y donde nos perdimos. Anduvimos mucho tiempo extraviados, subiendo colinas, pasando vallados, tropezando en las tumbas de los soldados muertos en la batalla que se habia dado allí mismo, pisando cascos prusianos, kepis franceses, respirando un aire cadavérico y fétido, en medio de oscuridad profunda y mortal silencio; imagínese mi cansancio, mi inquietud y hasta mi terror.

Despues de algunas horas de marcha fatigosa, nos faltaban las fuerzas si no el ánimo; mi compañero propuso vivaquear, intentando persuadirme á que pasáramos la noche á la luna de Valencia como vulgarmente se dice. La proposicion no tenia nada de lisonjera y con dificultad me resolvía á aceptarla; pero cansado y aterrado, me resigné. Nos detuvimos en una inmensa meseta donde habia un campo sembrado de trébol, acostándonos el uno al lado del otro y echando por la cabeza un gaban que yo llevaba. El doctor no tardó en dormirse; en cuanto á mí no pude cerrar los ojos, agitado por una especie de pesadilla. Apenas habia pasado una hora, cuando sintiéndome aterido desperté á mi compañero y le propuse andar para calentarnos, y así lo hicimos mirando en todas direcciones con la esperanza de descubrir alguna casa, que no se veia en el horizonte, aunque el cielo se habia despejado y gran número de estrellas brillaban en el firmamento. A los pocos pasos encontramos un camino, deteniéndonos indecisos; el doctor quiere ir á la derecha, yo á la izquierda y mi opinion prevalece. No tardamos en llegar á una extensa llanura cultivada: no habia sepulcros, pero el suelo estaba pisoteado, y cubierto de restos de todas clases, lo cual indicaba que habia acampado allí un ejército, y supe en efecto el día siguiente que los prusianos habian vivaqueado allí la víspera de la batalla de Forbach.

Al cabo de una hora de marcha bajamos felizmente á una aldea á dos leguas de Saarbruck, y llamamos en una casa cuidando de ponernos al abrigo de los tiros que hubiera podido diri-

girnos algun *franco-tirador* mal inspirado. No tardó en contestar desde una boardilla una mujer preguntándonos qué queríamos. Indudablemente tenia miedo, nos hablaba en mal alemán que no entendíamos, ni ella tampoco nuestro chapurrado de alemán y francés: en vano el doctor le repitió que éramos dos enfermeros de la ambulancia de Speeckeren, que nos habíamos perdido al volver de Saarbruck; nada pudo vencer su desconfianza, y para deshacerse de nosotros procuró persuadirnos que Speeckeren no estaba muy distante, y que llegaríamos por el camino que teníamos enfrente. Preciso fué tomarle, y despues de haber andado unos tres cuartos de hora, percibimos un objeto que nos pareció un campanario. «Hénos en salvo, dijo el doctor, es la iglesia de Speeckeren,» y nos dirigimos hácia ella... Era un árbol, y en cuanto á poblacion, ni señales. ¿Qué hacer? ¿Qué iba á ser de nosotros? Teníamos frio, estábamos fatigadísimos, nos moriamos de hambre y de sed, no habiendo comido desde medio dia.

Volvimos atrás descubriendo al fin una cabaña aislada en medio de la llanura, y que creo era de un carabinero. Llamamos, y una mujer (no hay más que mujeres en esta comarca desolada) una esforzada mujer nos abrió, y sabiendo quiénes éramos y nuestra situacion, se compadeció de nosotros, nos dió de beber y habiendo recobrado ánimo, volvimos á emprender la marcha en la direccion que nos indica. Al fin vemos el campanario de Speeckeren, y sería imposible expresar la alegría que sentí al verle. Respiré, empezaba como á revivir; pero, ¡ay! mi bienestar no duró mucho tiempo. Cierta que llegamos á Speeckeren, pero habíamos olvidado que la ocupaban los prusianos, y apenas habíamos entrado en su término, dos soldados de patrulla, se aparecieron como dos fantasmas en medio de la oscuridad. «¡*Werda!* ¡Quién sois; alto!» nos gritaron en alemán con voz extentórea y levantando los fusiles con estrépito. Nos detuvimos más por asustados que por obedientes. *Wir sin doctoren von Lazaret von Speeckeren.* (Somos médicos de la ambulancia de Speeckeren) respondimos enseñando los brazales. *Ist gut; vorwärts*», (bien está, adelante) dijeron y pasamos. A 300 metros, otros dos soldados volvieron á detenernos, con las mismas preguntas, y por fin llegamos á la ambulancia, cuyo centinela nos hizo repetir la fórmula sacramental, y entramos; eran las dos de la mañana.

Nuestros tres camaradas belgas dormian; dos hermanas de la caridad velaban á los míseros heridos, y una de ellas recita-

ba las oraciones de los agonizantes al lado de un moribundo; el doctor se acercó y dijo, «es la agonía.» Subimos á la habitacion, donde hallamos una cama rústica compuesta de un buen jergon en el suelo. Mi compañero se durmió muy pronto y aunque yo no tenia sueño, me acosté y cerré los ojos esperando que amaneciera. De repente un grito lúgubre resuena en la ambulancia. —¿Qué sucede?—pregunto aterrado.—Es el soldado que se muere,—respondió el doctor, añadiendo: Que Dios le dé el eterno descanso,—y volvió á dormirse dejándome solo con mis tristes pensamientos.

Recordé entonces la conversacion que habia tenido la antevíspera con el que acababa de espirar. —Voy á morir, me dijo, tiene la culpa la pierna; si me la hubieran cortado me salvaria.— Aun es tiempo, os la cortarán mañana, le respondí.— «Sí, que me la corten, que me la corten inmediatamente, repetia llorando.»—Uno de los médicos me habia asegurado que este pobre herido no habria podido resistir la amputacion y no tenia vida más que para dos dias; era el que acababa de exhalar el último ¡ay! con el postrer suspiro. ¡Pobre mozo!

El dia siguiente, el párroco de Speeckeren, digno y santo hombre cuyo valor y cuya abnegacion en estos tristes dias no pueden encarecerse bastante, me entregaba 17 cartas abiertas para las familias de otros tantos soldados muertos por aquellos dias en su parroquia; una iba dirigida al padre del infeliz de que acabo de hablar y decia así:

«Sr. C... en Conesson.

»Canton de Sausure (Vosges).

»Querido señor: Vuestro buen hijo me ha encargado que os ruegue pagueis cinco francos que debia al Sr. Heubert. Fué herido en una pierna en la terrible batalla que se dió el 6 de Agosto en esta parroquia. Ha sufrido mucho... murió esta noche; pero consolaos, querido señor, ha recibido los sacramentos de la Iglesia.

»Vuestro afectísimo,

C..., párroco de Speeckeren.»

Pensar que los padres se sacrifican durante 20 años para criar un hijo que se le arrebatá para llevarle á morir lejos de ellos, no recibiendo en premio de tantos sacrificios más que algunos renglones en que se les dice:—«vuestro hijo ha muerto, »pero consolaos, se le ha cuidado perfectamente,»—ó bien como

he leído en más de una misiva fúnebre:—«Ha muerto valerosamente... ha caído frente al enemigo...» y otras frases consoladoras de este género (1).

Antes de la guerra me preocupaba la cuestión de saber la disposición que tendrían unos respecto de otros, los soldados enemigos; después de una batalla, y en Saarbruck y Speecken he podido comprobar más de una vez que no había animosidad entre los soldados que la víspera procuraban exterminarse. He visto en la ambulancia de Speecken un soldado prusiano llorar, viendo las horribles heridas de un francés, que tal vez había deseado matar pocos días antes. Poco tiempo después, estuve en una barraca del Lazareto de San Juan, con tres oficiales, dos franceses y un alemán; hablaban amistosamente, contando la parte que habían tomado en la batalla del 6 de Agosto, y las circunstancias en que fueron heridos, y era el caso, que dos de ellos cayeron el mismo día, á la misma hora, y lo que es aun más, estando enfrente, é hiriéndose tal vez el uno al otro; no obstante simpatizaban, y procuraban consolarse y tranquilizarse mutuamente respecto de la gravedad de sus heridas. ¿Cómo se explica después de esto el encarnizamiento con que los hombres procuran aniquilarse en los campos de batalla? (2).

Hay una cosa en que no piensan los que deciden la guerra, y son las lágrimas que se derraman al día siguiente de la victoria.

*(Se continuará.)*

---

## DOS PALABRAS SOBRE LA ESCLAVITUD.

---

No hemos de ocuparnos en estas líneas de probar la injusticia del hecho histórico de la esclavitud; pues no pocos escritores y oradores lo han conseguido ya con razones concluyentes. Tal propósito además sería inútil en la época actual, en la que afortunadamente para el desarrollo y progreso del espíritu humano, reconoce la conciencia de este como verdad, la de la igualdad de la especie humana. Siendo esta indudable, cosa que

---

(1) Este triste caso, es el más favorable para los desventurados padres que pierden á sus hijos, de cuyo triste fin no suelen recibir noticia detallada; ignoran si murieron desesperados ó con resignación, bien asistidos ó en deplorable abandono, porque no es común que á su cabecera haya personas caritativas que compadezcan á los autores de sus días y les envían el único consuelo que pueden darles.

C. A.

(2) Por el instinto de conservación.

ya nadie se atreve á poner en tela de juicio, ¿cómo es que aún existe la esclavitud? ¿Qué motivos tan poderosos pueden ser los que, á pesar de reconocida la injusticia de aquella, mantienen todavía en la Isla de Cuba tan inhumana cuanto criminal institución? ¿Acaso es justo el consentir un hecho de semejante naturaleza? Seguramente que no; no vacilando en afirmar que si tal sucede es debido únicamente á consideraciones de intereses puramente materiales y mezquinos.

Es, pues, nuestro tema, el de tratar de averiguar de un modo breve y conciso si tales consideraciones ó complacencias son suficientes hoy para disculpar la esclavitud, ó de si las mismas han debido lógicamente y con justicia oscurecer el brillo de la esclarecida verdad antes citada, retardando el cumplimiento del deber que esta impuso una vez reconocida como tal. Ciertamente que no; pues sabido es por todos el que cualquier pueblo ó individuo que incurre en un error, por lamentable que este sea, tiene disculpa y merece respeto el que lo comete, ínterin lo conceptúa y ejecuta en la creencia de que es un bien. Pero, ¿cuál es la consideración que nos inspira el pueblo ó individuo que creyendo criminal, por ejemplo, el dar muerte á los prisioneros cogidos en acción de guerra, no vacila en hacer el sacrificio de su propia conciencia ante intereses del orden material ó de la inmediata y pura conveniencia? En casos de esta y parecida índole es precisamente cuando se imputa como criminal cualquier hecho, que es tanto más censurable y punible, cuanto mayor es el conocimiento que de la maldad del acto tiene aquel que le produce. Por esta razón, y aunque el hecho de la esclavitud ha sido esencialmente el mismo siempre, esto es, malo, no podemos tener idéntico criterio para juzgar á sus mantenedores, toda vez que el grado de civilización del Hombre no ha sido nunca igual, y por tanto, que el desconocimiento é ignorancia de muchas verdades y leyes providenciales hace imposible la práctica de ciertos deberes. Debido á esto ha podido considerarse la esclavitud, no ya la de la raza negra, sino también la de la blanca, como un progreso, según los tiempos y el país en que aquella tuviese lugar, teniendo en cuenta para formar recto juicio la clase de cultura que sus habitantes alcanzaron.

Ningun pueblo culto ni individuo medianamente tal, puede rechazar como utópica é ilusoria la creencia que abrigamos de que en cualquier caso y tiempo en que se afirma una verdad debe practicarse la misma; y por esto el que la esclavitud debía estar abolida hace ya muchos años, tantos cuantos hace que se reconoció su injusticia.

No puede sernos desconocido el por desgracia generalizado argumento de que la inmediata y repentina abolición de la esclavitud produciría grandes trastornos sociales, y perjudicaría

cuantiosos intereses y fuentes de riqueza. A esto contestamos únicamente diciendo que dudamos mucho ocurriera lo primero, y que aun afirmando lo segundo, no vacilamos en creer que deben arrostrarse siempre toda clase de consecuencias en cumplimiento de un sagrado deber que, como tal, solo puede ser uno, y cuya esfera de acción es la superior y que primeramente precisa realizar. Así, si por la realización del bien de abolir la esclavitud, resultan perjudicados algunos en intereses materiales, no es otra cosa que lógico é ineludible castigo para muchos de un error, para no pocos de culpa.

La causa, pues, que ha impedido la abolición de la esclavitud desde que ésta se reconoció como inhumana é inmoral, y que siempre se agita creando obstáculos al tratar de llevarla á cabo, es la de indemnizar convenientemente á los dueños de esclavos por los perjuicios materiales que la libertad de los mismos pudiera ocasionarles. Verdaderamente que parece imposible el que tal ocurra en serio á personas que blasonan de cristianas, y sobre todo el que sea atendida semejante pretension, que carece en absoluto de base y contradice en un todo los principios de moral y de justicia. ¿No es por demás absurdo suponer que una víctima cualquiera, una vez reconocida la justicia de su causa, tenga que seguir siéndolo por más tiempo, con el fin de que los causantes de su desgracia pasada pierdan algun dinero ménos del adquirido por ella y á su costa, ó bien tengan tiempo de aprovecharse algo más de su criminal ó errónea falta? La contestación á este argumento nos parece perfectamente clara y de aplicación para el asunto que nos ocupa, y por la cual estimamos poco lógico el pedir indemnización para los poseedores de esclavos, y que antes que á estos deben en un caso exigirla aquellos á la nación ó sociedad que con sus leyes ha sancionado y consentido el abuso.

Como consecuencia de las razones anteriormente expuestas, afirmamos una vez más que existe el imperioso deber de abolir inmediatamente la esclavitud, y que una vez resuelta la cuestión en ese sentido, tiene la nación española la obligación moral de que á sus espensas se creen centros de enseñanza para los negros donde estos puedan recibir educación, al par que aquellos que los han poseído, la de contribuir muy particularmente á su sostenimiento, ya sea materialmente, ya por ser ellos mismos los encargados de instruirlos.

Con estas prácticas creemos que la Providencia, la raza negra y la sociedad de mañana, podrán perdonar la primera nuestra culpa, y atenuar las últimas la enormidad de la misma, en gracia de los beneficios que con el levantamiento del nivel moral é intelectual de individuos de la raza oprimida, reporta á la humanidad la opresora.

¡Quiera el cielo que antes que muchos soles nos alumbren sea un hecho la abolición de la esclavitud, borrándose con él de las páginas de la historia una mancha que, desgraciadamente para la de España, ha sido la que más ha tardado en lavarla y extinguirla.

FILOMENA GARCÍA LABIANO.

Noviembre 27 de 1879.

---

## BENITA.

---

Quizás alguno de nuestros lectores, al pasar de noche por los barrios de la calle de la Luna, habrá oído en uno de los puntos en que confluyen otras calles con aquella, formando cuatro esquinas, la voz cascada de una vieja sentada en el suelo junto á una de esas esquinas, pregonando el grito prosáico y tan conocido en Madrid de: *¡La Correspondencia!* Es una vendedora de este periódico noticiero.

El lector ideal, que suponemos se habrá acercado á la mujer y, sin hablarla ni mirarla, habrá echado los consabidos dos cuartos, habrá tomado *La Correspondencia* y habrá seguido su camino.

Si esto sucede en las primeras horas de la noche, la cosa es completamente natural y trivial; vendedores de *La Correspondencia* los hay en todas partes y sus gritos se oyen á todas horas; pero si ocurre á las dos de la madrugada, que también á esa hora está la vieja en la esquina de la calle de la Luna, tal vez el comprador del periódico haya dicho ó pensado al tomarlo: "¡Pobre mujer! ¡Tan tarde y todavía aquí!" pero nada más; habrá continuado su camino abrigándose, porque estas noches de Diciembre son frías, sin pensar quizás en cómo se defiende del frío la pobre vieja sentada en el suelo.

No ha faltado, sin embargo, un amigo nuestro que ha dicho algo más. Retirándose por aquellas calles casi siempre á las dos ó las tres de la madrugada, observó á la vieja, le chocó verla hecha una especie de masa informe sentada en el suelo, cubierta con un grueso pañolón, y saliendo de esa masa un grito cavernoso que repite: *¡La Correspondencia!*

Una de estas noches llovía y hacia un vientecillo glacial. Nuestro amigo se paró delante de la mujer y medió entre ellos un sencillo diálogo, que nos ha sido luego referido y que nos ocurre contar á los benévolos lectores de esta Revista.

*El amigo.*—¿Tiene usted *La Correspondencia*?

*La vieja.*—No señor; hace rato que se ha vendido. Como es

dia de noticias, me han arrebatado todo el papel (1); pero si quiere usted *El Imparcial* ó *Los Debates*, aquí están.

*El amigo.*—No: déme usted una caja de fósforos (pues vió que tambien tenia en el suelo su puestecito de fósforos).

*La vieja.*—Aquí la tiene usted.

*El amigo.*—Tome usted (dándole una moneda).

*La vieja.*—¡Ay! Señorito. ¡Un duro! Yo no tengo cambio de tan grande moneda, ni las veo nunca de esa clase.

*El amigo.*—No es para cambiar: se la doy á usted por la caja. Paso por este sitio casi todas las noches, la conozco á usted por su grito de vendedora y me inspira usted compasion, viéndola aquí con este frio y en hora tan avanzada.

*La vieja* (enderezándose).—¡Ay señor de mi alma! ¡Dios le bendiga! ¡Un duro! ¡Dios se lo pague!

*El amigo.*—¿Cómo se llama usted?

*La vieja.*—Me llamo Benita, soy asturiana, del Concejo de Cangas. Soy muy viejecita, como usted vé y muy pobrecica.

*El amigo.*—¿No tiene usted familia ni nadie que mire por usted?

*La vieja.*—No, señor; solo tengo un hijo de veinte años, muy enfermo; se morirá, sí señor, estoy persuadida de esto. Tiene la cara ulcerada. Yo le cuido de dia, y cuando llega la noche, vengo aquí á ganar algunos cuartos con el *papel* y ahora he añadido los fósforos para ver de sacar algunos cuartos más.

*El amigo.*—¿Cuánto suele usted ganar en la venta?

*La vieja.*—Unos dias dos reales; otros dias menos, porque hay muchos vendedores, y ese café cercano me quita mucha parroquia.

*El amigo.*—¿Pasa usted aquí muchas horas?

*La vieja.*—Sí, señor. Vengo á la salida de *La Correspondencia*, que me trae un rapacin, á quien le he de dar medio real: aquí me estoy hasta las dos, y si no he tenido buen despacho, me voy todavía á la Puerta del Sol á esperar la última gente que sale de aquellos cafés ó de la Casa de Correos. Luego me retiro cansada á mi casa para cuidar de mi pobretillo enfermo. Vivo muy lejos de aquí, en un cuartucho, que me dejan por caridad, en la calle de Amanuel.

*El amigo.*—Tendrá usted mucho frio.

*La vieja.*—Mucho, señorito, mucho; estoy helada: mire usted; me han dejado este saco viejo de meter harina que me sirve para cubrir el papel y los fósforos cuando llueve, á fin de que no se mojen; y cuando no llueve, me lo pongo por asiento. Además, con este pañolon, que me dió una buena señora, me tapo lo que puedo, aunque ya vé usted que está viejo y el frio entra por los agujeros. Porque hace mucho frio, señor: parece-me que este Madrid es más frio que mi tierra, y eso que es

---

(1) Era, en efecto, el dia de la crisis ministerial.

tierra muy fria. ¡Cómo ha de ser! ¡Todo sea por Dios! Pero, señor; ¿de veras este duro me lo da usted?

*El amigo.*—Sí, buena mujer. Es para usted, para que se compre usted algo que la falte.

*La vieja.*—¡Dios se lo pague, señor! Me compraré mañana unas alpargatas, porque las que llevo ya no sirven y tengo siempre los piés mojados y helados.

*El amigo.*—¡Buenas noches, Benita!

*La vieja.*—Buenas noches, señor. ¡Dios le dé buen sueño y le liberte de todo mal!

El amigo prosiguió su camino, no sin volver la cabeza y ver que la vieja recogía su comercio de fósforos y *papel* y marchaba presurosa, sin duda alegre y contenta con su moneda de plata.

\* \* \*

¡Pobre mujer! Vieja, miserable, sin más familia que un hijo enfermo y llagado, pasando seis ó siete horas á la intemperie, sentada en una acèra helada y sùcia, y repitiendo con enronquecida voz el grito de ¡*La Correspondencia!* como único medio para llevar á su casa algunas monedas de cobre!... Es un cuadro, vulgar en apariencia, y digno sin embargo de llamar la atención.

Hay, sin duda, en la vieja asturiana una energía notable para trabajar y luchar con la desgracia. Si se abandonase, quizás morirían ella y su hijo de hambre ó en un hospital. Para evitarlo, ya que por su rústica condicion, su crasa ignorancia y su edad avanzada, no sabe ni puede trabajar en nada, sabe, sin embargo, estar seis horas á la intemperie de las noches frias de Madrid para vender números del periódico noticiero. Vale más esto que mendigar. ¡Qué no hubiera hecho la pobre Benita si hubiese tenido alguna educacion ó instruccion para el trabajo!

La calle de la Luna es una arteria central de aquella parte de Madrid, muy transitada de dia y de noche por gentes á pié y en carruajes. A los que van fuertemente blindados de pieles y abrigos contra el frio helado de las madrugadas, les recomendamos que, si oyen el grito ronco de ¡*La Correspondencia!* echen una mirada á la pobre vieja. Si alguno siguiera entonces el ejemplo de nuestro amigo, estamos seguros de que, al meterse en su mullido lecho, experimentaría cierto bienestar que producen siempre la compasion ejercitada sobre un objeto digno de inspirarla y la propia conciencia satisfecha de haber practicado algun bien, por pequeño que sea.

FAUSTO.

---

ERRATA.—En la lista de la suscripcion á favor de los hijos de Cayetano Torres, en la línea 9.<sup>a</sup> donde dice N. V. de L. léase N. O. de S.